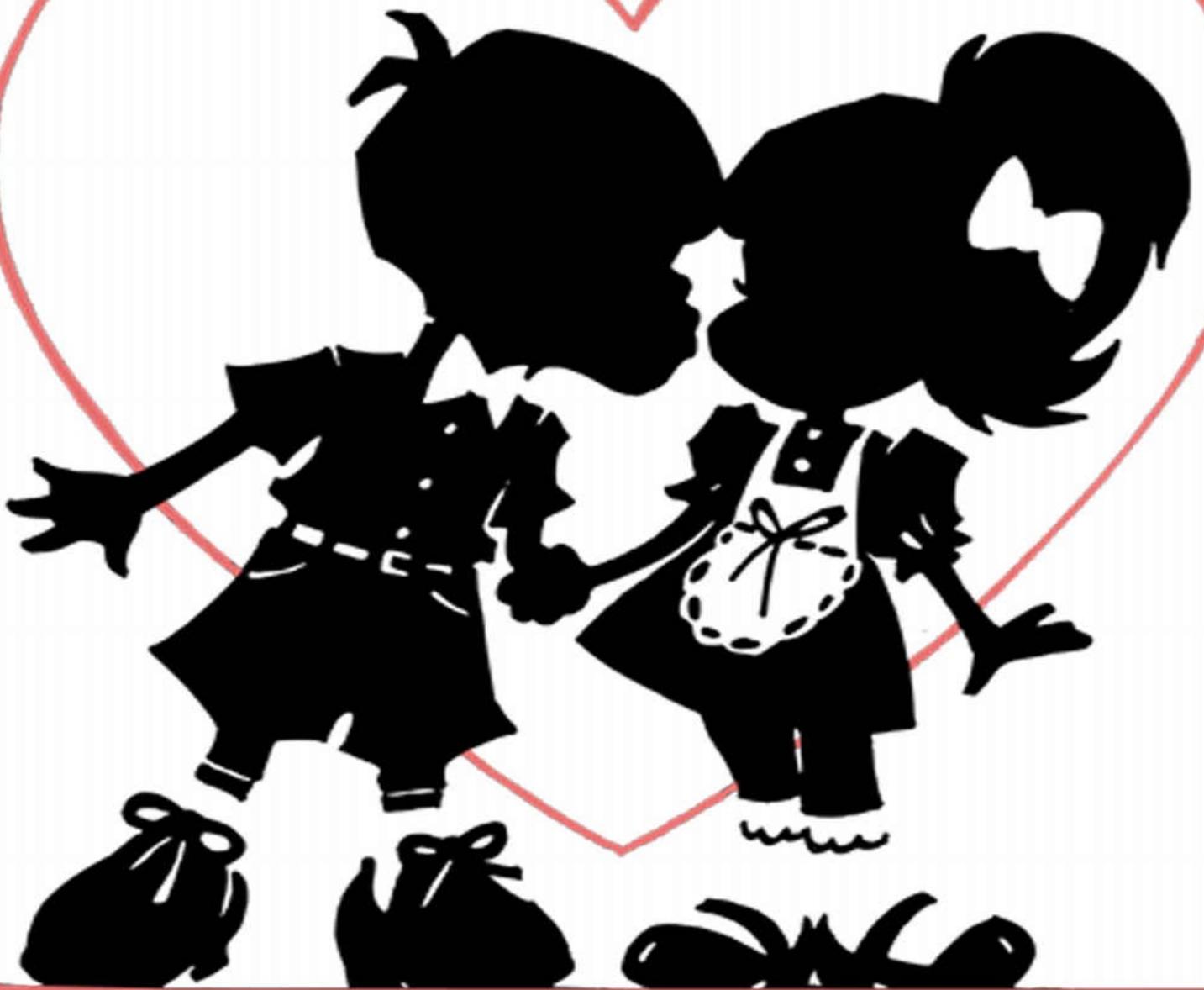


Tu, mi salvación

Aeryn Anders



Tú, mi salvación

AERYN ANDERS

Tú, mi salvación

© Aeryn Anders

© Ilustración de la portada: Aeryn Anders

© Maquetación: Aeryn Anders

Obra registrada en Safe Creative

Código: 1702080576817

Licencia: Todos los derechos reservados

Primera edición: Febrero 2017

www.aerynanders.com

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico y digital, sin permiso expreso de su autora con la Ley de Derechos de Autor.

«En un beso, sabrás todo lo que he callado.»

PABLO NERUDA

*«Lo bueno de los años es que curan heridas,
lo malo de los besos es que crean adicción.»*

JOAQUÍN SABINA

*Dedicado a todas las personas que
alguna vez sintieron la llamada
del amor.*

Tú, mi salvación, es la historia de dos personas distintas que por caprichos del destino tras un encuentro fortuito ya no pueden volver a ser los mismos. Un relato que nos habla de superación personal, y nos enseña que el miedo se debe dejar atrás cuando el amor llama a tu puerta.

El día despertó encapotado, ni un resquicio de sol se oteaba en el horizonte. Sofía miró por la ventana y suspiró. Lo que menos deseaba era asistir a la reunión que cada año por aquellas fechas se celebraba. Su única ambición del día era sentarse frente al ordenador e intentar avanzar en la novela que estaba sumergida más de siete meses, y todavía no conseguía la conexión deseada. Las idas y venidas del hospital consiguieron que perdiese el hilo de ella, y meses después, ahí seguía, con la mente en blanco.

Miró el reloj y después volvió a avistar el cielo, seguía igual de gris que su estado de ánimo. Llevaba encerrada en casa mucho tiempo, no era problema para ella, se había acostumbrado a su soledad y en cierto modo, le encantaba pasar las horas sentada en el sofá leyendo mientras la musa no hacía acto de presencia.

El pitido del móvil hizo que dejase de mirar el torrente de agua que la avisaba de que tenía que buscar una excusa para quedarse en casa, llevaba meses sin ver a sus amigas, pero la desazón que sentía tampoco la animaban a dar el paso de meterse en la ducha para prepararse. Leyó el WhatsApp de Carol:

≡ Hoy no salgo de casa con la que está cayendo. Pasarlo bien.

Suspiró al verlo. Tenía la razón que andaba buscando casi una hora para dar un nuevo plantón al grupo. Pero, sin saber bien el porqué, algo en ella se activó. Por primera vez, aquella mañana algo la instó a que debía pasar por la ducha, ponerse su ropa favorita e ir a la comida que hacía más de un mes estaba prevista.

Con determinación marcó el número de Carol. Se llevó el teléfono a la oreja canturreando la canción que sonaba por los altavoces. Tuvo que insistir, Carol era impredecible, podría tener el teléfono en las manos y no contestar. Al final, su amiga descolgó.

—¿Has visto cómo llueve? —Ni buenos días ni un hola precedieron la frase. Entre ellas no hacía falta.

Sofía se acercó a una de las ventanas de su despacho, se estremeció al ver que era imposible ver más allá de un metro, la cortina de agua lo opacaba todo a su alrededor.

—Sí, no hace día para salir de casa, y mucho menos para comer en una terraza.

—¿De quién fue la idea?

Sonrió al recordarlo—. Mía.

—Tú y tus manías.

Se miró la cicatriz, desde aquella mañana de verano todo en ella había cambiado, incluso su forma de ser.

—Ya sabes que paso más tiempo entre cuatro paredes que al aire libre, para una vez que me decido a salir no quiero encerrarme en otro sitio —aclaró, aunque era algo que todas ellas sabían—. Anda, ánimo. Llevamos planeándolo más de un mes.

—A ver si te aclaras, nena. Has sido la primera en preguntar si quedaríamos al final.

—Sé lo que he dicho, pero quizás sea el día perfecto para vernos. Piensa que no habrá mucha gente por el centro ya que la mayoría no estarán tan locos como nosotras para salir con estas lluvias.

—El restaurante que teníamos contratado nos ha cancelado la reserva, dice que no puede montar las carpas con la lluvia.

Inspiró profundo, algo dentro de ella le gritaba que era el día perfecto para salir, debía dejarse llevar como ocurría antaño.

—Buscamos otro. Venga, lo pasaremos bien. ¿Cuánto tiempo hace que no nos pegamos una fiesta juntas?

—Es que hay que echar instancia para verte —dijo riendo alto—. Joder, nena, que a los

americanos les costó mucho menos encontrar a Bin Laden que intentar dar con tu paradero.

Sofía sabía que llevaba razón, desde lo sucedido se había recluso en casa, en ocasiones, hasta pensaba que se estaba volviendo más ermitaña de lo que de por sí ya era. Aquello marcó un antes y un después en su vida, fue como un salto en el tiempo que deseaba con todas sus fuerzas olvidar, aunque el día a día se empeñaba en recordárselo a cada segundo que transcurría.

—No seas exagerada, estoy donde siempre.

—Sí, aislada en tu cueva.

—Bueno qué, nos vemos a las dos en Las Salinas.

Carol sopesó la idea, Sofía la conocía tan bien que sabía que solo necesitaba un empujoncito para cometer la mayor locura del año. Dio un pequeño saltó al escuchar el estruendo del trueno, no quiso mirar por la ventana, sabía que no iba a gustarle lo que vería y sería un nuevo impedimento para terminar de convencerla.

—Está remitiendo. —Oyó decir a su amiga.

Cerró la boca para no decir que en su zona, próxima a la del restaurante, estaba apretando de nuevo y las calles parecían ríos del agua que transportaban.

—Sí, parece que quiere terminar de llover. —Mintió, necesitaba salirse con la suya.

—Estás como una cabra. —Soltó de repente—. Estamos como cabras, estaremos solas en el centro.

—Deja de quejarte y vete a la ducha. Ah, ponlo en el grupo. —Sofía recordó algo importante y maldijo—. Puede que me retrase unos minutos.

Dejó el teléfono sobre el escritorio, realmente no estaban muy cuerdas, pero ya se había decidido a no quedarse, otro día más, encerrada entre sus cuatro paredes, aquellas que le conferían su seguridad, donde nada se salía de lo común y no había imprevistos.

Fue directa al baño, necesitaba comprobar si sus sospechas eran o no acertadas. Abrió el grifo del agua caliente, cinco minutos después injurió por lo bajo, su casa no era de esa época, se había quedado anclada en la Edad Medieval.

Preparó la mochila con lo necesario. No lo pensó mucho, se hizo con sus vaqueros favoritos, aquellos que no aceptaban un roto más. La camisa blanca y negra que también combinaba con el intenso azul del tejano. La chaqueta, tenía más que claro la que se pondría, mitad vaquera mitad piel. Juguetó con las decenas de collares que pendían de los ganchos y encontró el que andaba buscando, lo miró con recelo, sería la primera vez que lo utilizaría, solo lo compró por los recuerdos que le ocasionaban. Sin pensarlo lo introdujo en la mochila.

Salió a la cocina topándose con sus padres, había regresado hacía justo un año, los motivos fueron varios y en aquel momento no quiso parar a pensar en su futuro y en todo lo que se vio obligada a renunciar, solo tenía una cosa en mente; pasar el mejor sábado de su vida o, por lo menos, el mejor del último año.

—No perdonas ni la lluvia.

Escuchó el quejido de su padre. Lo ignoró, por fin, se encontraba de buen humor, los días grises se estaban disipando, aunque no alcanzaba a lograr cual era el motivo para sentirse tan viva, tan llena de vitalidad que la estaban obligando a salir un día tan feo.

—Me marcho a ducharme, otra vez estamos en la prehistoria. Si viene Claudia antes que yo, que me espere.

Claudia era otro miembro del grupo de amigas. Entre las dos se había instalado cierto distanciamiento, Sofía era consciente de que ella tenía gran parte de culpa, pero también era verdad que el sentimiento seguía tan latente como siempre, las amistades no se pierden por un simple bache en el camino, no las de verdad.

Condujo con sumo cuidado los escasos ocho kilómetros que la separaban de la ducha. Estacionó

el coche temblándole la mano, la presión ejercida en el volante le estaba causando estragos, se olvidó de ella por una maldita vez, su vida se había centrado en esa parte de su cuerpo muchos días, y solo quería volver a ser ella. Aquella chica risueña que no le temía a nada y que sorteaba los obstáculos incluso con elegancia. Necesitaba reencontrarse consigo misma, y tenía claro que aquella prueba que el destino había puesto frente a sus narices sería el comienzo de su nuevo yo.

Hora y media después, miró el reflejo que le devolvía el espejo. Sonrió como llevaba semanas sin hacer, reconocerse era el primer paso para saber que todo iba rodar como antes. Observó el atuendo elegido, le encantó el resultado. Una mezcla entre roquera dura e inocencia, todo gracias al colgante.

—¿Te vas a poner ese? —preguntó con mal gesto su hermana.

Agachó la cabeza para verlo mejor, el marrón del cordón con la mezcla de metal viejo y azul quedaba perfecto con la vestimenta elegida.

—¿No te gusta? —Deseó saber bajando la cabeza para que terminara de arreglarle el pelo al estilo años ochenta.

—Tienes más bonitos que esos.

Sí, los tenía, preciosos, pero no tan emotivos—. Ya, pero a este le tengo especial cariño.

No hizo falta más explicaciones, su hermana sabía a qué se refería—. Pásalo bien —dijo como despedida antes de cerrar la puerta de casa.

—Lo intentaré.

Sabía que nada iba a salir mal, era ese presentimiento el que hacía que tuviese tan buenas vibraciones para el desarrollo de aquel día. No le dio más importancia, en parte, le daba igual, solo deseaba que todo fuese según lo había visto en el interior de su cabeza.

Para cuando llegó a casa, sus amigas la estaban esperando en el porche.

—Venga pesada —exclamó Claudia—. Llevamos media hora de retraso y mi cuerpo ya pide una copa de vino.

Arrugó la nariz, odiaba aquella bebida que todos elogiaban, lo había intentado en innumerables ocasiones, su reacción siempre era la misma; escupirlo.

—Toda la botella para ti, mientras el restaurante tenga buena provisión de cerveza soy feliz —replicó sin dejar de sonreír—. Dejo esto —dijo enseñando la mochila—, y nos largamos.

El trayecto hasta el restaurante era corto, aunque a ella se le hizo eterno. Tantos meses sin verlas pasaba factura, ya no sabía cuáles eran sus temas de conversación, incluso se perdía con el que llevaban.

Se centró en mirar la calzada, como el agua se levantaba como deseando volver a su lugar de origen y se sumió en sus pensamientos. Esos minutos hicieron que pensara mejor su determinación por salir, las apreciaba y mucho, pero darse cuenta de que las cosas nunca volverían a ser como antes dolía. Y sabía que aquella complicidad, que antes tenían, no regresaría, eso quedó anclado en el pasado.

Miraron la fachada del restaurante con cierto desánimo, para nada era el lugar que habían escogido. Pero les venía como anillo al dedo, quedaba a escasos veinte metros del local de copas en el que pasarían la tarde bailando, bebiendo y riendo. O eso esperaba que ocurriese para no arrepentirse de abandonar su zona de confort.

—No me gusta este restaurante, no se come bien.

Todas giraron la cabeza mirando con estupor a Abigail. A Sofía le encantaba la espontaneidad de su amiga, pero en aquella ocasión no pudo darle la razón.

—Está catalogado como uno de los mejores de la ciudad —dijo con cierto sopor.

Encogió el hombro, algo que para ella no tenía valor, tenía sus propios criterios—. Sigue sin gustarme.

—Es el que más cerca tenemos de Lutterfly, si para cuando salgamos llueve, no nos mojaremos mucho, y esta —Claudia señaló a Sofía—, hoy se ha peinado, ¿no querrás que acabe con pelos de loca como siempre?

Sofía agarró a Abi del brazo y tiró de ella al interior, comenzaban a caer de nuevo gotas y no quería mojarse antes de tiempo—. Olvida la comida, mientras el vino y la cerveza estén buenos, el resto es indiferente. ¿Cuánto comemos en estos encuentros?

—Nada. Siempre sobra todo.

—Ves, algo de lo que no preocuparte, casi no la probaremos y dicen que tienen una de las mejores bodegas.

El camarero las recibió con una amplia sonrisa, las cuatro se quedaron estancadas en los peldaños que descendían al interior del local. Sofía echó un rápido vistazo a su alrededor, se sintió algo incomoda al comprobar que el restaurante estaba ocupado, en su mayoría, por mesas largas repletas de hombres.

Los obvió, no estaba allí para eso, había salido con la intención de recuperar parte de la complicidad que la unía a sus amigas. Observó la decoración del local, llevándose la grata sorpresa de que estaba dividido en dos plantas. Se maravilló al ver la mezcla de lo moderno con lo antiguo, algo muy arraigado en sus valores.

Fue la última en seguir al camarero, mientras que las demás iban cuchicheando y riendo, ella solo se centró en absorber el aroma que desprendía todo lo que la rodeaba. La esencia de la madera, el olor que llegaba desde la cocina, pero sobre todo del ambiente festivo que se respiraba a su alrededor. Se dejó contagiar por la alegría que aquellos desconocidos desbordaban, había ido hasta allí con la misma intención.

Las cosas no estaban saliendo tal como había pensado, la primera media hora había transcurrido en silencio, a Sofía solo le llegaban las risas y festejos del resto de comensales, pero su mesa no podía ser más sosa y aburrida. Optó por tomar un receso, se excusó con qué tenía que ir al aseo, en cierta forma era verdad, pero lo que deseaba era salir a tomar el aire y reordenar sus pensamientos.

Apoyó la espalda en la pared a la espera de que la chica decidiese salir del baño. Jugueteeó con el colgante imaginando otra vida que no era la suya, una que ella misma creó. Las voces le llegaban lejanas, ni se inmutó en desviar la mirada a la izquierda para prestarle atención a la mesa que no cesaba en reír. En ese momento, solo deseaba volver a su refugio del que se lamentaba haber salido.

En el exterior del local, sacó la cajetilla de tabaco llevándose uno a los labios. No se inmutó cuando un chico joven se apostó a su lado, de hecho no se enteró hasta que él no le pidió fuego. La sonrisa fue suficiente para entablar conversación, era agradable poder hablar con alguien, pero más comprobar que tenían cosas en común. Para cuando quisieron darse cuenta, era el tercer cigarro. Ambos optaron por regresar al interior o por lo menos a él saldrían a buscarlo.

—Nos vemos en el cigarro del café —dijo él sin dejar de sonreírle.

Sofía asintió, sabía que entre ellos no ocurriría nada, solo eran dos personas que habían conectado. Estaba a punto de coger el tirador de la puerta cuando escuchó su nombre, ladeó la cabeza encontrándose las mejillas rosadas de Carol, solo faltaba ella por llegar. Se le iluminó la mirada al saber, que por fin, la fiesta daba comienzo para ella y podría dejar de anhelar la que los demás disfrutaban. Cogidas del brazo accedieron al restaurante con sendas sonrisas. Carol iba narrándole que casi se había tomado una botella de vino antes de llegar, de ahí el retraso.

Sofía tuvo que pararse en mitad de los escalones y soltar una carcajada que fue, incluso, liberadora, aquella mujer era inigualable, en ocasiones envidiaba la vitalidad que emanaba, los años no hacían mella en ella.

Eran más de las seis de la tarde cuando las amigas abandonaron el restaurante. Para cuando llegaron a la puerta de Lutterfly la gente comenzaba a congregarse en la entrada, aprovecharon para repasar la pintura labial.

—Esta viene cañera hoy. —Escuchó decir a Claudia sin dejar de reír.

—Déjala, el celibato debe hacer estragos y ella se lo impuso solita sin ayuda de nadie —agregó

Abi.

—Pero mírala —dijo Carol—, incluso su vestimenta dice: Tengo ganas de guerra.

Sofía rio tan alto que llamó la atención de los transeúntes—. Dejar de beber, ya vais bastante perjudicadas. —Fue lo único que dijo accediendo al interior del bar.

La música la recibió y aunque no era de su agrado, su cuerpo se meció al son de ella. Olvidó los malos momentos, los largos días oscuros. Solo se centró en volver a ser de nuevo aquella persona que tanto añoraba; ella.

Media hora fue suficiente para que todo se descontrolase a su alrededor, ni el grado de alcohol que recorrían sus venas evitaron que algo se activase en ella, la vibración que arrasó su interior la asustó, siendo la primera vez en su vida que huía de los sentimientos que despertaban en ella un hombre.

Cerró la puerta de casa pasadas las tres de la madrugada, apoyó la espalda intentando analizar qué había sucedido, pero la mente no estaba del todo despejada y no conseguía ordenar con claridad todo lo acontecido a la llegada al bar. Intentó no pensar en nada, solo centrándose en hallar un sueño que se negaba a acunarla para descansar.

—Javier, te he dicho que no voy.

Sergio observó la calzada mojada, estaba en la puerta de casa, para él, el simple hecho de salir suponía un gran esfuerzo, no había nada más que odiase que salir de fiesta como lo llamaban los amigos. Él era feliz en su mundo, hacía muchos años que había elegido ese estilo de vida pacífico, le aportaba mucho más que pasar la tarde del sábado de bar en bar, al final del día, lo único que obtenía era un intenso dolor de cabeza provocado por el brebaje que servían.

—Joder, macho, eres más raro que un perro verde —se quejó su amigo y compañero de trabajo—. A quién le digas que un tío de tu edad prefiere quedarse en casa tirado en el sofá en vez de salir a ligar, dirá que no estás muy bien de la azotea.

Sergio resopló, le molestaba que todos los de su alrededor intentaran dictar los movimientos de su vida.

—Que piensen lo que quieran, me la trae floja. —Estaba harto de escuchar siempre la misma perorata. Él no se metía en la vida de los demás y solo pedía lo mismo, que lo dejaran tranquilo en su soledad.

—Hazlo por mí, tío. Paso de estar todo el día con el jefe y el soplagaitas de Arturo.

—¿Alguno de vosotros ha tenido la decencia de mirar por la ventana? Está lloviendo a cantaros, ni los más dementes saldrían un día como hoy.

Escuchó la fuerte carcajada de Javier a través de la línea—. Deja de buscar excusas. En dos horas te recojo y más te vale no hacerme esperar, no tengo ganas de estar todo el día con la parienta y los niños.

Ese era el problema, que él si quería estar todo el día acurrucado en el sofá. Pronto cayó en la cuenta y maldijo. Hacía meses que solo lo ocupaba él.

—Estaré preparado.

Colgó sin despedirse. Regresó al interior, miró el salón, ahora carente de toda presencia de ella. Diez meses habían transcurrido desde la última vez que permanecieron juntos en la misma estancia. Muchas semanas de soledad intentando aclararse, obtener una respuesta que se negaba a llegar.

Se habían conocido demasiado jóvenes, era lo malo de vivir en la misma calle. Los años hicieron que la mirase con otros ojos, con el deseo instalado tras ellos. La relación fue forjándose con el paso del tiempo, para él su vida era perfecta, pero entonces, ¿por qué comenzaron las dudas?

Todavía recordaba aquella mañana, era domingo y como de costumbre estaba más que planeado. Llevaban ejerciendo el mismo ritual desde los inicios de su relación. Tras el desayuno se marchaban al pueblo a pasar el día con sus suegros. Le agradaba su compañía, pero comenzaba a cansarse de la monotonía que lo rodeaba, o simplemente era algo más que no acababa de descifrar.

Las peleas se intensificaron, a las que ya mantenían se sumaron las nuevas, haciendo cada día más complicada la convivencia. Consiguiendo que, poco a poco, se alejara del que había creído ser su único amor, el único conocido. Ahora tenía serias dudas, su yo interno se empeñaba en decirle que aquello no era verdadero amor, solo el cariño que se siente por una buena amiga.

Desechaba la idea cada vez que aparecía, se negaba a creerlo. Se culpaba a sí mismo, exonerándola a ella de todo, él fue quien comenzó a dudar de su relación. Sabía que en parte eran los elogios que recibía a diario en la compañía discográfica, aquellas mujeres estaban dispuestas a entregarles sus almas solo por pasar una noche con él, y sabía a ciencia cierta que no se negarían a ninguno de sus caprichos, cosa que su pareja si renegaba.

Tomó una ducha olvidando por completo el desastre de vida que sus actos habían provocado.

Debía decidirse, pero ese no sería el día. Les demostraría a todos que estaban equivocados, que salir y rodearse de desconocidos no solucionaría su situación, y mucho menos, iba a cruzarse con nadie especial como le repetía su jefe desde hacía semanas. «Ven a la comida, quién sabe, lo mismo encuentras alguien especial, eso que llaman tu alma gemela», esas eran sus palabras exactas. Gilipolleces en su tierra, esas cosas solo sucedían en las estúpidas comedias románticas que a ella le gustaba tanto ver.

Llegaron al restaurante entre risas, aunque él fue el más retraído de todos, le costó algo más de una hora adaptarse al ritmo de sus amigos, al final se dejó contagiar por su efusividad. Comenzaba a pasarlo bien, incluso estuvo a punto de darles la razón, pero algo en el exterior captó su atención. Desvió la mirada, dejando a su jefe con la palabra en la boca, fuera no había nadie, solo la lluvia que se negaba a conceder unos minutos de tranquilidad.

Pensó en lo estúpido de la situación, llegó a la conclusión de que solo se trataba de remordimiento, de verse allí riendo y bebiendo mientras su pareja se devanaba los sesos pensando si él regresaría o no. Cogió la copa, ahora llena de vino, pero no llegó a catarlo. Lo invadió la misma sensación, aunque en esa ocasión, miró al frente y ahí estaba, un ángel con pinta de rockera caída del cielo.

No fue el único en desviar la mirada, aunque era normal, eran las únicas chicas del local. Arturo fue el primero en soltar la primera burrada, después se sumaron los demás.

—Joder, qué buena está la rubia.

—¿Cuál de las tres? —preguntó interesado Javier comiéndoselas con la mirada.

Rezó porque ninguno de ellos reparara en la morena que parecía distante de las demás, se notaba a la legua que no era como las otras, algo en ella le decía que eran tan iguales y a la vez tan diferentes que encajarían a la perfección.

—Prefiero a la morena. —Soltó de repente su jefe—. Tiene pinta de salvaje.

Javier le dio un codazo antes de hablar—. No eres el único que te has fijado en ella.

Todas las miradas se centraron en Sergio. Se vio obligado a dejar de observarla, le molestó que le quitasen el único momento que de verdad estaba disfrutando.

—Santos. —Llamó su jefe al camarero.

El hombre se acercó hasta ellos una vez dio las instrucciones para instalar a las recién llegadas. Todos observaron con cierta molestia que las ubicarían en la planta superior, privándoles así de la diversión de entablar conversación.

—Dime, Tomás.

—¿Por qué no le das esa mesa? —Señaló la que quedaba a su espalda—. Es de cuatro comensales.

Santos sonrió—. Son seis, faltan dos más por llegar. Además, esa mesa está reservada para una pareja.

—Cámbianos a nosotros —pidió su jefe sin dejar de insistir en estar cerca de ellas.

A Sergio no le desagradaba la idea, pero también sabía que tenerla cerca le aturdiría aún más, así que prefería la distancia que el jefe de sala se empeñaba en otorgar.

—Lo siento, está completa la planta superior.

Tomás resopló, le desagradaba no salirse con la suya—. ¿Tienes aseos arriba?

El camarero negó. Señaló el pequeño pasillo que había frente a ellos—. Esos son los únicos. Imagino que las veréis cuando bajen.

El tiempo transcurría y no habían vuelto a verlas, aunque solo Sergio era el que seguía pensando en una de ellas. No se explicaba por qué no habían bajado todavía, de sobra se sabía que las mujeres visitaban el aseo cada quince minutos. Su tortura comenzó la primera vez que la vio cruzar el restaurante.

—Eh, ¿qué miras?

Sergio desvió la mirada hasta centrarla en su amigo—. Nada.

Las risas se elevaron por encima de las demás—. Si a nada lo llamas tú, comerte con la mirada a esa morena que parece vivir en su mundo.

Se había fijado en ella cuando accedió con las escandalosas de sus compañeras, sin embargo, ella solo tenía atención para recorrer el lugar con ojos avivados, como deseando saber que secretos escondían la decoración del local.

Se desilusionó al ver que ni se había enterado de su presencia, cuando él la había notado casi al instante. Hacía años, por no decir nunca, había sentido tal conexión con alguien sin ni siquiera conocerla. Deseaba saber todo de ella, compartir ese mundo lejano donde parecía pérdida lejos de la realidad.

Y ahí la tenía, a escasos dos metros de distancia, pero era como si un abismo los separara. Estaba centrada en acariciar el collar, no le pasó desapercibido el brillo de su mirada ni la sonrisa que se negaba a enseñar. Quedó embelesado mirando las curvas que la ceñida chaqueta dejaban entrever.

Hizo el amago de salir a fumar al verla desde la ventana apoyada en la pared, desechó la idea cuando otro se acercó a ella. Algo dentro de él estalló al ver la complicidad que había entre los dos, pero sobre todo de las sonrisas, que iluminaban el gris día, que ella le dedicaba. No sabía que le ocurría, pero deseaba con todas sus fuerzas que le pertenecieran a él y no a ese desconocido que supo como arrancarla de sus pensamientos.

Sintió el toque de Javier, desvió la mirada—. ¿Qué?

—Quieres disfrutar del día y dejar de pensar. Por una vez que no lo dediques a averiguar que quieres no ocurrirá nada —le dijo su jefe.

Trabajaba para él muchos años, y verlo tan desolado le afectaba, le tenía especial afecto a aquel muchacho de mirada y sentimientos sinceros.

—No es tan fácil —replicó él—. Le prometí darle una respuesta este fin de semana.

Su jefe asintió, sabía toda la historia—. Ya, bueno. Puede esperar un día más, total, donde ha esperado más de diez meses a ver si te aclaras, que importa uno más.

Aquel no era su ambiente, pero su jefe tenía razón. Ni él mismo sabía con exactitud que deseaba y ver a esa morena le estaba complicando las cosas. Se centró en disfrutar el resto de comida, ya que estaba allí, pensaba pasarlo bien.

Se obligó a quitarse de la cabeza aquella chica que lo incitaba a buscarla, no era cuestión de complicarse más la vida, bastante mal tenía ya las cosas como para incluir a terceras personas.

Consiguió abandonar el local sin desviar la mirada hacía arriba, sabía que seguía dentro, que no habían terminado su velada. Salió al exterior sin esperar topársela, pero allí estaba con la sonrisa instalada en la boca. Era preciosa, para que negarlo. Como las anteriores veces le molestó averiguar que ella no se había fijado en él, ni inmutarse. Ni una sola mirada le había dedicado y él, aún cerrando los ojos, podría decir sin riesgo a equivocarse que ropa llevaba puesta, como era el color de su iris, incluso se había fijado en algo tan banal como el colgante que pendía de aquel largo cuello; un revolver, algo que llamó su curiosidad. Cómo una chica con apariencia inocente llevaba eso al cuello.

—No te compliques más la vida —le susurró Javier para que el resto no lo oyese.

Sacudió la cabeza—. No tengo intención de hacerlo.

—Entonces, vayamos al local a beber y a olvidar. Deja de comértela con la mirada.

No era con la mirada, exactamente, con lo que deseaba comérsela, otras partes de su anatomía deseaban disfrutar de aquel cuerpo creado para enloquecer al más pintado, en ese caso, a él.

Accedieron al local casi vacío, la gente seguía, al igual que la desconocida, en la sobremesa. Arrugó la nariz llevándose las manos a los oídos, la música era incluso hasta molesta para él. Para nada lo que solía escuchar, pero cuando accedió a salir por la mañana supo que no sería de su agrado.

Se apostó en la barra mirando la entrada, quería verla llegar. Tenía la vaga sensación de que sus caminos volverían a cruzarse aquel día. Pasó una hora y comenzó a dudar, ni la chica ni sus amigas

habían accedido. Perdió la esperanza de encontrarla en el transcurso de la siguiente hora, así que lo dedicó a beber y charlar con Javier. No tenían nada mejor que hacer, solo observar cómo sus compañeros intentaban ligar con todas las chicas que abarrotaban, a esas horas, el bar.

Estaba en un lateral cuando la vislumbró. Se acercaba a la barra con una de las amigas, algo parecido a los celos hicieron acto de presencia, al ver las libertades que se tomaba el chico que iba agarrando a las dos. Se vio caminar hasta ubicarse detrás de ella, sabía que, como las veces anteriores, ni notaría su presencia, pero no cambió de posición hasta que por fin se giró.

Quedó eclipsado por la mirada que le dedicó, era como si lo viese por primera vez en todo el día y en cierto modo así era. Le devolvió la sonrisa, tenerla tan cerca y poder olerla lo había noqueado, con lo que a él le gustaba hablar, ahora las palabras se negaban a salir y no deseaba decir nada incoherente, no quería que ella viese lo que le afectaba.

Le encantó su iniciativa de entablar conversación, al principio, solo le respondía, no hacía por ir más allá, todavía intentaba controlar lo que su cuerpo sentía por aquella desconocida, algo a lo que, de momento, no quería buscarle explicación, solo dejarse llevar.

Sintió la calidez de su mano cuando con inocencia la apoyó en su pecho para acercarse a hablar, el volumen alto de la música les impedía hacerlo a cierta distancia, por una vez, rogó que lo subiesen más si ello conllevaba sentirla tan de cerca.

Tras la primera copa, llegó la segunda, los dos se olvidaron que iban acompañados, ni la presencia de Javier a su lado notaron, solo existían ellos y las miradas que se dedicaban. Se ofreció a acompañarla a fumar, sabía que pasaría un frío de mil demonios, había dejado el abrigo en el coche, poco le importó si ello suponía tenerla al lado. El resto de la tarde la siguió, allá donde ella estaba él se veía a su lado. Era la primera vez que disfrutaba del ajeteo de un garito como aquel, sabía que ella era la culpable de todo, pero se sintió feliz, como hacía años que no se sentía.

Llevaban horas hablando y cada vez le costaba más frenar sus impulsos más primitivos. Sus carnosos labios lo llamaban a voces, pero era consciente de que besarla complicaría aún más su existencia. Pero era inevitable sentirse atraído por ella, no solo por la belleza que desprendía, ni las perfectas curvas de su cuerpo, era su personalidad quien lo atraía como un imán. Era un desconcierto, un desconcierto delicioso. La seguridad con la que hablaba hacía estragos en él.

Allí estaba, apoyado en el cristal, ya no le importaba el volumen de la música, solo quería verla bailar. Cada movimiento de cadera lo hacía tragar saliva, imaginando como sería tenerla encima.

Lo vio aparecer justo por su lado, el chico del restaurante iba en su búsqueda, no lo pensó ni medito, solo actuó. La agarró con suavidad de la mano y la arrastró hasta pegarla a su cuerpo, sin pedir permiso, la atrajo hasta posar sus labios sobre los de ella. Esperaba no ser correspondido, más bien tenía la vaga sensación de llevarse una bofetada, le estaría bien merecido por sobrepasarse. Jadeó al ver cómo ella le daba acceso pudiendo así saborearla a su antojo.

Fue consciente de que estaba metido de mierda hasta el cuello, como solía decirse. Se había contenido toda la tarde, aunque era lo que más deseaba, pero sabía que catarla lo devastaría. Un huracán asolaba mucho menos a su paso, ella lo devastó con el primer roce y lo arrasó cuando ambas lenguas se tantearon. El primero llevo a muchos de ellos, convirtiéndolo en un adicto a sus labios.

La sacó del local, deseaba estar en un sitio tranquilo donde poder conocerla, donde poder impregnarse de ella, lo que no esperaba era que lo calara tan profundo que fuese incluso doloroso pensar en la despedida.

—No suelo salir de fiesta. —Se oyó decir.

—Yo tampoco —reconoció ella—. No sé que me impulsó a hacerlo hoy. Prefiero estar tranquila en casa tirada en el sofá leyendo o...

Sergio la miró de tendido, él había tenido la misma sensación, que algo tiraba de él obligándolo a salir de casa. Ahora creía conocer la razón; ella. Terminar conociéndola había sido el motivo de

abandonar su retirada de la vida social.

—¿O? —La animó a que continuase. Deseaba saber todo de ella.

Sonrió con sinceridad, no pudo evitar contagiarse—. O frente al ordenador.

Le acarició la mejilla, su primera impresión se confirmaba, eran tan iguales y tan dispares que asustaba—. Yo prefiero encerrarme en mi estudio a tocar.

Lo miró con expectación—. ¿Qué instrumento tocas?

—La guitarra.

Ninguno reparó en que las horas transcurrían más veloces de lo que ambos querían, la madrugada avanzaba a pasos agigantados, pero ellos estaban inmersos en su mundo, en el que habían creado en exclusividad solo para ellos dos. En el que solo existían los besos que mutuamente iniciaban, caricias fugaces pero capaces de transmitir muchos sentimientos, y una incesante charla que bien podía durar hasta la eternidad.

Sergio sabía que tocaba dejarla marchar, que una vez que se despidiesen no sería un punto de inflexión, sería una despedida para siempre, que nunca más se encontrarían. Él tenía que aclarar su futuro y ella solo le complicaría más la decisión, no quiso ser egoísta y dar falsas esperanzas, no iba con él ser tan ruin.

La besó, junto al taxi, por última vez, absorbiendo y haciendo como suyo su sabor, sabía que pasaría mucho tiempo antes de olvidarla, si es que lo conseguía alguna vez, no tenía claro dejarla ir para siempre, podría convertirse en su musa particular, aquella que le daría las fuerzas para avanzar cuando volviese a dudar.

Regresó con sus compañeros, sabiendo que para él, la noche había acabado.

Habían transcurrido más de dos meses desde aquella última comida entre amigas. Sofía miró la pantalla del ordenador encontrándose la página repleta de palabras. Desde aquel sábado algo había cambiado, sabía que Sergio tenía gran parte de culpa. Se había devanado los sesos durante meses para avanzar con la novela y no salía nada decente de su mente. Todo cambió a los dos días de aquel fugaz encuentro. Ya que el siguiente lo dedicó en exclusiva a recordar cada sensación, cada palabra que habían intercambiado, aunque algunas se negaban a ser recordadas debido al exceso de alcohol.

Suspiró pensando que el destino era muy caprichoso y, a la vez, muy puñetero. No tenía la menor duda que la impulsó aquel lluvioso día, tenían que conocerse, pero como por arte de magia, llegó y se esfumó. Aunque su mente todavía recordaba lo bien que sentaba estar entre sus brazos deseosos de dar amor. Y por muy locura que fuese, recordaba su sabor.

Negó hasta la saciedad querer buscarlo, lo que nadie sabía es que lo había intentado por activa y por pasiva, pero nada de lo que hizo dio resultado y eso que su ciudad no era de las más urbanitas. Era como si aquel sábado hubiese conocido un fantasma en vez de a un hombre real.

Se planteó patear metro por metro las calles hasta dar con sus huesos, pero algo dentro de ella le decía que no sería bien recibida, que si de verdad, él hubiese querido una segunda oportunidad la habría pedido, cosa que no hizo aunque sí su subconsciente. Solo pudo hacer una cosa; agradecerse.

Sí, gracias a él tuvo la valentía de dejar de lado su retirada espiritual, tantos meses en soledad comenzaban a pasarle factura. Desde aquel día se encontraba más viva, con más ganas de disfrutar cada segundo del día, ya que sabía que la vida no ofrecía segundas oportunidades cuando llegaba la hora.

Incluso, estaba recuperando aquella confianza perdida, cada sábado que quedaba con ellas era como si cerrara, de una maldita vez, aquella brecha que ella misma interpuso en sus caminos. Los días, por muy grises que despertaran, lucían igual que en pleno verano. Todo en ella estaba vivo.

Se colocó los zapatos antes de mirarse por última vez en el espejo. Le gustaba el conjunto elegido, esa mezcla de moderno y antiguo que tanto le encantaba era lo que veía reflejado. En el exterior, miró el coche con recelo, era una de las cosas a las que tuvo que renunciar desde el incidente, ahora ya casi no le importaba no poder moverse con esa libertad, había descubierto que caminar y el transporte público no estaba tan mal. De hecho, le evitaba enfadarse en mitad de un atasco al ver la torpeza de los demás conductores, solo se dedicaba a escuchar música o a leer cualquier libro desde el móvil mientras no llegaba a su destino.

Atrás dejó la etapa de autocompasión, ahora tenía frente a ella a su nueva yo, y cada día le encantaba pasar más tiempo con ella, habían tantas cosas que descubrir que pensaba que nunca llegaría a conocerla del todo.

Guardó el móvil antes de descender del autobús. Caminó por las calles repletas de gente, que al igual que ellas, deseaban disfrutar del día despejado que les ofrecía finales de febrero. Lo primero que hizo nada más llegar al restaurante fue solicitarle a la camarera una cerveza bien fría, iba sin resuello.

—Buenas, chicas —dijo cuando acabó de pedir.

Carol le propinó unas palmaditas en la espalda, pero fue Claudia quien tomó la palabra.

—No me importa pasar a recogerte.

Sofía agradeció el ofrecimiento—. Lo sé, pero debo empezar a hacer mi vida sin depender de nadie, ya sabes que nunca me gustó.

Y tanto que lo sabían, aquel había sido el principal motivo por el que ella se alejara. No quería ser una carga para nadie, se negaba a que la recogieran y llevaran a casa como si se tratase de una adolescente.

Solo fueron risas y gratos recuerdos los que amenizaron la comida. La sensación de paz invadió a Sofía, no solo se había reencontrado, también había recuperado lo que tanto anhelaba, pasar tiempo entre amigas sin más complicación que pasarlo bien.

La tarde estuvo cargada de buenos momentos, de esos que incluso el paso del tiempo era incapaz de borrarlo de la mente. Caía la noche cuando decidieron replegarse, el cansancio hacia mella en cada una de ellas. Iba a despedirse cuando Abi se ofreció llevarla a casa. Quiso rehusar, pero, al ver que solo era un simple gesto que ella misma haría, aceptó.

La velada para ellas se alargó más de la cuenta, su amiga le narró que había conocido a un chico, la animó a conocerlo, que no se cerrase en banda como siempre hacía. No todos eran iguales, ella misma lo supo cuando su fantasma la encontró, porque estaba segura de que fue él quien la halló y no al revés.

—Queda con él —le decía mientras encendía el segundo cigarro—. Si no lo haces, después puede que te arrepientas.

Abi arrugó la nariz—. No sé, todos me parecen iguales.

—No, tonta. No todos son tan gilipollas, egocéntricos y capullos como el último.

Ambas sonrieron al recordar las largas conversaciones que aquel hombre ocasionó. Sofía se estremeció al recordarlas. El chico solía usar la misma introducción en casa frase que salía de su boca; «Claro es que como soy tan guapo...». Nunca antes había conocido tanto egocentrismo junto.

—¿Lo has buscado? —Era la única, a la cual, le contó lo que Sergio había despertado en ella. Negó evitando así decir la verdad—. Qué estás hablando conmigo, y sé que sí lo has hecho. Desde que te conozco nunca te escuché hablar así de un hombre.

Encogió los hombros—. No sé donde buscar más, es como si se lo hubiese tragado la tierra. Desistí al mes de intentarlo. Creo que el destino lo puso frente a mí por otro motivo, solo deseaba que despertase del letargo en el que estaba sumida.

—Puede ser. Aunque estoy convencida de que fue por algo más.

—Si lo averiguas házmelo saber —dijo como despedida antes de abandonar el coche.

—Eh —dijo Abi bajando la ventanilla antes de que Sofía accediese a casa—. Mañana a las cuatro te recojo.

Se giró para encarar a su amiga—. ¿Dónde vamos?

—¿Ya te has olvidado? —Parecía ser que sí—. Me prometiste acompañarme a ver al guitarrista que tanto está dando de que hablar. Solo da un concierto en la ciudad.

Resopló, lo que menos le apetecía un sábado por la tarde era ponerse frente a un joven al que consideraban el nuevo Jimi Hendrix, estaba más que segura de que se lo tendría muy creído.

—De acuerdo, te acompañaré.

Abrió los ojos y refunfuñó al saber que tendría que acompañar a su amiga. Todavía no entendía por qué se ofreció voluntaria, que estuviese saliendo del cascaron no significaba pasar un mal trago, y tenía la certeza de que iba a ser horrible. Ni se molestó en arreglarse mucho; unos tejanos, Converse, un fino jersey, ya que el sol parecía calentar más de lo normal en aquella fecha, y la primera chaqueta que pilló.

Esperó en la puerta de casa la llegada de su amiga, si se retrasaba cinco minutos más, la pillaría en pijama frente al ordenador, que es donde debía estar para no volver a desconectarse de la nueva historia. Sus rezos no surgieron efecto, el Polo negro apareció en la curva.

A regañadientes subió al vehículo y escuchó el animado monólogo de Abi, se estremeció al saber que tendrían que hacer cola para llevarse un autógrafo del artista. «Joder, con lo a gusto que estaría yo en casa», pensó sin dejar de mirar la carretera.

La sala se abrió paso frente a ella. La gente se congregaba alrededor de una mesa donde provenía el escándalo de incesantes risas. Tomó asiento en la última fila, cerca de la puerta para poder escapar a su antojo.

Algo llamó su atención, no era la primera vez que escuchaba aquella voz, aún la llevaba grabada a fuego en su interior, se deshizo de la idea, no podría ser cierto, solo sus ganas de reencontrarse con él, poco más. Comenzó a impacientarse al volver a oírla, debía borrarla de su memoria o no subsistiría un día más.

Había reafirmado ante todos, una y otra vez, que el destino lo puso en su camino solo para espabilarla, para sacarla de aquel oscuro agujero que ella sola se había introducido tras la operación. Pero su yo más interno le gritaba, bien alto, que estaba mintiendo no solo a sus amigas, también a ella misma. Aquel hombre caló más profundo que cualquier otro que hubiese conocido a su edad.

Miró al frente, le urgía comprobar que todo era producto de su imaginación, que Sergio no estaba en la sala. Fue como si los presentes fuesen guiados por las manos de Moisés al igual que hizo al separar las aguas del Mar Rojo, se ladearon dejando un estrecho pasillo desde el que se podía ver con claridad la gente que acompañaba al guitarrista.

Boqueó de seguido intentando oxigenar los pulmones. Aunque la temperatura era agradable, incluso podría decirse que fría, ella sintió como si el oxígeno se hubiese evaporado de la atmósfera.

—¿Sofi? —No prestó atención, solo tenía ojos para la persona que tenía delante—. Eh, parece que has visto un fantasma.

Esa era su sensación, nunca hubiese imaginado encontrarlo en aquel lugar y mucho menos al lado del afamado guitarrista. Intercambió miradas entre los dos, no tardó en descubrir el gran parecido que tenían.

Abi proseguía intentando llamar su atención, algo que no conseguía, era como si su amiga estuviese en un mundo paralelo, en el que solo estaba ella y el hermano del guitarrista.

—¿Estás bien? Me estás asustando. —Se puso frente a ella, solo así, logró que la mirase a los ojos.

Sacudió la cabeza despejándola—. Sí, estoy bien —respondió a media voz—. Necesito tomar aire. Te espero en la puerta.

No logró entender las palabras de Abi, su cabeza era una noria que no cesaba en girar. Tantos meses preguntándose si lo que sintió aquel sábado había sido producto del alcohol, si Sergio solo era una imaginación de su cabeza para hacerla reaccionar, incluso dudo de que realmente se hubiesen besado. Y ahí estaba, de pie al lado del chico prodigio.

Sus miradas se habían cruzado un instante, y ambas destilaban sorpresa. Ajena a todo lo que sucedía a su alrededor se retiró al exterior, necesitaba organizar sus pensamientos, en aquel instante, una bomba de relojería tenía menos peligro que sus meditaciones.

Miró al frente, observando el verde valle que se extendía frente a ella. Intentó concentrarse en cosas insignificantes para sacarlo de su mente. No tenía claro si deseaba un segundo encuentro, aunque fuese una contradicción, ya que lo había deseado desde el día posterior.

Su cuerpo reaccionó al sentir la calidez de la mano que le acariciaba el brazo, era como si llevase años sintiéndola, y a la vez, como una droga que llevase tiempo sin administrarse.

—Pensé que no te volvería a ver —dijo la voz profunda de Sergio, tan cerca de su oído que la erizó—. Incluso llegué a creer que solo fue producto de mi imaginación para ayudarme a aclarar las ideas y no cometer un nuevo error.

No se giró, se mantuvo en la misma posición. No porque no deseara mirarlo a los ojos, incluso se moría por besarlo, es que su sistema nervioso no le respondía, tenerlo tan cerca la dejó fijada al suelo.

—Sofía. —Le supo a gloria escuchar su nombre en la masculina voz, que lo pronunció como la mejor de las caricias.

Se dejó guiar por las manos de Sergio, que con suavidad la giró para encararla. Sus miradas volvieron a conectar diciéndose cuánto se habían extrañado. Volvió a sentir lo mismo que la primera vez, que cuando estaba entre sus brazos el universo entero desaparecía y solo que daban ellos dos.

Inspiró profundo al ver la cercanía de los labios que tanto había deseado. Lo recibió al igual que en el primer encuentro, aunque el hambre por él había aumentado en esos meses separados.

El mal humor de Sergio se acentuaba por momentos, llevaba dos puñeteros meses buscando a un ser efímero, ya no sabía donde buscarla. Había intentado todo lo que estuvo a su alcance; Internet, conocidos, trabajo, pero nada dio resultado. Aquella mujer de ojos pardos se había esfumado de la faz de la tierra dejándolo destrozado.

Solo le llevó un par de semanas aclarar lo que tanto le había costado, no quería a su expareja, se había enamorado de una desconocida, a la cual, no localizaba. Sus días y noches eran tan idénticos que en ocasiones hasta los confundía. Era incapaz de olvidarla, todo estuvo más nítido tras deshacerse del alcohol. Recordaba cada caricia, cada beso, pero sobre todo cada mirada.

Los días en el trabajo eran un verdadero infierno, cada uno de sus compañeros se empeñaban en recordársela, cada mujer morena que entraba por la puerta del estudio lo avisaban para ver si era ella. No, ninguna de ellas se parecía a su ángel rockera. Incluso era incapaz de ver sensualidad en alguna de las demás.

Había intentado hablar con Lara, su ex, explicarle los motivos por los cuales no deseaba regresar. No pudo hacerle aquello, expresar con sinceridad que se había enamorado de una desconocida que dudaba volver a ver. Pero si decidió ser sincero, algo que lo caracterizaba.

Su relación estaba rota hacía muchos meses, años a decir verdad, el cariño que los unía los confundió a ambos haciéndoles ver lo que no eran. Ya no eran aquellos adolescentes que jugaban en plena calle, mucho menos, los dos amantes jóvenes que se escondían de los amigos para besarse hasta quedarse sin aliento. Todo aquello ya era producto del pasado, un recuerdo bonito, pero solo eso; un recuerdo lejano.

Ambos debían mirar hacia adelante y concederse el privilegio de ser felices, pero en esa ocasión, por separado. Cada uno tomando su rumbo. Creándose una nueva vida en la que otra persona pudiese ocupar sus corazones. Él tenía claro quien era esa persona, lo malo es que no creía ser capaz de encontrarla y, mucho menos, volver a besarla.

Desde aquella última salida, algo había cambiado, se veía todos los sábados yendo al centro con una sola intención, volver a verla. Al llegar a casa se cabreaba al ver el tiempo perdido, tantas horas en el mismo local ignorando al resto con la única intención de verla aparecer. Pero había desistido, se dijo que aquel viernes de finales de mes que haría lo que tanto anhelaba, pasar el día en el estudio, hacía semanas que una nueva composición le pululaba por la cabeza.

Las horas volaron cuando acarició las curvas de la guitarra. Se dejó llevar por el sentimiento que emanaba de su interior, creando una canción para ser aclamada. No solo hablaba de amor, iba más allá, relataba como una coincidencia del destino te sacaba de la espiral en la que a veces nos introducimos para no afrontar la realidad, de cómo somos capaces de vivir una vida que no nos hace felices por complacer a los demás.

Para él, su salvación llegó aquella tarde previa a la Navidad, porque eso fue lo que había significado conocerla, salvarlo de la infelicidad que abarcaba su vida desde años atrás. Llegó o quiso creer, que sus caminos se encontraron por esa razón, para hacerlo ver que se estaba equivocando. Gracias a ella tuvo la valentía de volver a coger las riendas de su vida, y ahora solo pensaba en una cosa, volver a ser feliz aunque fuese sin ella.

Llegó el sábado y, con él, la afamada presentación formal de su hermano en el mundo musical. Aquel chiquillo que lo sacaba de sus casillas cuando solo eran unos niños, se había convertido en un genio de la guitarra. Para él las comparaciones siempre habían sido odiosas, pero en el caso de su hermano hacían que se le inflara el pecho orgulloso. Una vanidad que no ocultaba a la vista de los demás,

no era para menos. Los grandes entendidos decían que su hermano era el nuevo Jimi Hendrix. Solo había una pega, se lo tenía demasiado creído.

Allí estaba él intentando que la gente disfrutara de los acordes de la nueva canción, pero su hermano pequeño solo tenía ojos para las jovencitas sentadas en la primera fila. Al llegar la hora de las firmas, ignoró e incluso trató con desagrado al resto de presentes. Con disimulo le propinó ciertos pescozones, pero su querido y creído hermano lo ignoró.

—Pablo, o te comportas de una vez o me largo.

Estaba hasta las narices de su comportamiento, era verdad que era un Dios con la guitarra, pero eso no significaba ser tan prepotente.

—¿Qué quieres que haga? La tías me adoran. —Le dedicó una de sus miradas, no estaba para aguantar las tonterías típicas de un quinceañero, y aunque Pablo pasase la veintena es lo que parecía en aquel momento—. Además, los hermanos están para esto.

—También para soltar una bofetada a tiempo, así que no te la juegues más.

—Últimamente estás muy insoportable, haz el favor de pillar de una vez, lo agradeceremos todos, que desde Lara no se te ha visto con nadie.

Pasó de responder, ya que si lo hacía lo mandaba más allá, y no era ni el momento ni lugar para hacerlo. Dio un paso hacia adelante viendo como la gente se ladeaba para dejarlo marchar. Qué se las apañara solo, bastante tenía él con lidiar con sus sentimientos para que llegase su hermano pequeño a decirle que hacer o no con su intimidad.

Se quedo anclado al suelo al ver los ojos pardos que lo miraban con asombro desde el final de la sala. Parpadeó repetidas veces, sabía que era una ensoñación, que ella no estaría en la estancia. Solo era su deseo y ganas de volver a verla.

Vio cómo su fantasía se desvanecía al abrir de nuevo los ojos, ya no estaba de pie mirándolo, aquella zona estaba vacía, solo ocupada por las decenas de sillas alineadas en filas. Maldijo para sus adentros, ese no era el acuerdo al que había llegado hacía semanas, se trataba de olvidarla, no de inmortalizarla en sus recuerdos, pero su subconsciente hacía lo que le daba la gana y la imaginaba en cualquier lugar.

Salió al exterior, el humo del cigarro le aclararía las ideas o eso creyó. Apoyada en la baranda metálica, su ángel rockera expulsaba el humo con elegancia. La sensualidad y tranquilidad que emanaba lo atrajo como un imán, la misma sensación de familiaridad que percibió la primera vez y la percepción de que ella era su felicidad.

Despacio, anduvo los pocos pasos que los separaban. El aroma de Sofía inundó sus fosas nasales, recordándole lo bien que se sentía al estar abrazado a ella. Pegó su cuerpo al de su amada, haciéndole ver que aún la reconocía y lo mucho que la anhelaba. Dos meses distanciados no eran suficientes para olvidar lo ocurrido.

Se sintió en casa al saborearla, la pasión con la que le devolvió el beso lo hechizó hasta límites insospechados. Sabía que la amaba, pero hasta entonces no alcanzó a comprender la magnitud de sus sentimientos por esa desconocida llamada Sofía. Aquella menuda mujer que lo miraba con el deseo y amor instalado en la mirada. Esa que haría que sus días grises se convirtiesen en infinita primavera. De la que no solo quería los buenos momentos, también anhelaba sus miedos y fracasos, que él estaría allí para animarla y consolarla.

Dejó de divagar centrándose en conquistarla, en hacerla tan partícipe de él que jamás deseara volver a alejarse. Le acarició los brazos hasta llegar a las mejillas, las cogió entre sus manos y bebió de sus labios aplacando la sed que lo acompañaba sesenta días.

Llevaban viéndose cuatro fines de semana, donde las tardes las dedicaban a conocerse, horas y horas hablando, y lo más indecoroso era un roce de manos. A lo máximo que llegaban eran a unos pocos besos como despedida, que susurraban las cosas que ambos deseaban hacerse.

Aquella noche, Sergio sabía que era especial, incluso se encontraba nervioso, sería la primera vez que disfrutaría de ella, se sentía como cuando perdió la virginidad, esa torpeza que suele acompañarte en el primer encuentro estaba latente en él. Era tanto el deseo de hacerla suya, que dudaba si recordaría el proceso.

Intentó olvidar los miedos que lo invadieron, no por temor a no dar la talla, sabía que era capaz de ello y mucho más, pero ella le producía tal estado de excitación que era incapaz de controlarse.

Le encantó la mezcla de inocencia y pillería que destilaba su mirada. Allí estaba, apoyada en la amplia mesa de escritorio, observando con detalle cada cosa que contenía, hasta que centró la mirada en el pecho desnudo de él. Se relamió los labios, deseosa por catarlo, lo ansiaba desde el primer encuentro, era algo que se apreciaba.

Sergio se acercó despacio, no queriendo asustar a la presa. Atrapó la cintura entre sus manos con suavidad, pero ejerciendo la suficiente presión para que no se le escapara. Primero le besó la punta de nariz, le encantaba aquel gesto tan cariñoso. Descendió hasta hallarse frente a los carnosos labios, sacó la punta de la lengua y los degustó. Emitió un pequeño gruñido de aprobación.

Dio otro paso, acercándose más a ella. Volvió a saborearla, aunque aprovechó para profundizar el beso. Le encantaba como jadeaba contra su boca. Se deshizo de la sobrecamisa a cuadros que llevaba, demasiada tela que le impedía acariciar sus brazos. Por cada beso que le daba le robaba una prenda hasta que la tuvo desnuda ante él.

Se maravilló viendo la silueta más perfecta que jamás había observado, cualquier otro podría decir que las había mucho mejores, solo eran locos que no apreciaban la auténtica belleza femenina.

—¿Y ahora qué? —preguntó Sofía sujetándolo por el cinturón.

Bajó la mirada, no deseaba perderse el espectáculo de ser desvestido por aquella diosa que le pertenecía solo a él. La agarró de las nalgas izándola hasta que ella le rodeo las caderas con las piernas.

Caminó hasta toparse con la cama. Antes de posarla en ella, la miró y sin dejar de besarla le dijo:

—Tenemos toda la eternidad para descubrir adónde nos lleva aquel primer encuentro.



Aeryn Anders, nació un caluroso viernes de 1979 en la Ciudad del Sol.

Como buena aficionada a las letras, comenzó su andadura por estos lares, allá por 1989, escribiendo cuentos breves. Con doce años creó su primera novela corta, y durante los siguientes años, prosiguió narrando todo aquello que se formaba en su cabeza, aunque no fue hasta 2015 que publicó su primera novela: *Tras tu rastro*. Una bilogía que pronto verá la luz la segunda parte: *Vindicta*.

Compagina la escritura con su otra gran pasión: El diseño gráfico. Los largos días de verano los dedicaba a escribir y a dibujar. Y en la actualidad es la diseñadora y maquetadora de [*Mangata Magazine*](#).

Table of Contents

[Tú, mi salvación](#)

[Aeryn Anders](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)